



LOS DISCÍPULOS: UN REBAÑO CONJUNTO, A LA POSTRE DESCARRIADO Y DISPERSO, CORRIENDO SU CAMINO SIN NORTE NI GUÍA, HUYENDO DE SU PASTOR.

¿Quiénes eran los Discípulos? Acaso unos hombres rudos y salvajes con esa selvaticidad chata y roma que rodea la corteza de los árboles. Acaso unos hombres labradores que manejaban la esteba y el arado con las propias manos y podaban día y noche las plantas y los árboles. Acaso marineros que conocían a fondo los secretos del mar. Ellos entendían de aguas y navegaciones, de árboles y sembraduras, de cumbres y de oteros. Llevaban en sus frentes el color de la más bravía naturaleza. Un día el Señor les habla de una preparación evangélica y lo entienden, de una defensa bélica. Con todo demuestran una voluntad terca de combate.

Ha llegado ya el día de los Panes Ácidos. Para un conciliábulo eligen el día más santo y venerado del año judaico. Jesús, así que comienzan a quebrar los albores del día de Pascua, hace su vía a casa de Pedro y de Juan y les dice: «Id y aderezadnos el cordero pascual para comerlo en caridad y compañía». Y sigue diciendo: «Sabed que así que entraréis en la ciudad, os saldrá a camino un hombre con un cántaro lleno de agua; seguid sus pasos hasta la casa donde entrare. Y allí diréis al padre de familia: El Maestro nos manda que en su

nombre le diésemos este recado: ¿Dónde tienes la sala en que comeré con mis discípulos el cordero pascual?». Los Discípulos llevan a cabo el encargo preparado e interrogaron al Dueño de la sala.

Llega la hora de la cena. Jesús acude con sus Discípulos: «Con gran deseo he deseado comer con vosotros este cordero pascual antes de mi muerte... En verdad os digo que, en adelante, ya no comeré más con vosotros esta pascua». Así que hubo gustado las carnes del cordero, haciendo gracias al Padre, tomó el cáliz en sus manos y dando a los Discípulos, les dijo: «Tomad y bebed, pues no volveré a beber del jugo de la vid según la necesidad de la carne». Dió gracias y cogió en sus manos el pan y lo rompió y lo dió a sus Discípulos diciendo: «Tomad y comed, pues este es mi cuerpo que por vosotros será entregado a la muerte. Haced esto en memoria mía».

Mientras tanto, en el pecho de Judas, se iba haciendo la noche, Satanás se había encastillado en su pecho como en un bastión inexpugnable. Judas tiene los ojos fríos y secos como minerales. La avaricia, como una víbora infecunda, le roía las entrañas. Solapado y taimado, borracho de vesania, sale afuera, a boca de noche, en busca del Maestro. Con un saludo de víbora y falso beso de miel le besa en la cara y le dice: «Salud, Maestro». ¡Un beso frío y duro como una peña! «¿Judas —le dice Jesús— con un beso entregas al Hijo del Hombre?». Y el rebaño de los Once corre descarriado sin norte ni guía, huyendo de su Pastor.

PEDRO: UNA TORRE INEXPUGNABLE DERRUMBADA AL SUELO POR EL VIENTO DEL «¿QUÉ DIRÁN?»; LA MÁS DÉBIL CAÑA; CON DISFRAZ DE ROBLE, LA VOLUNTAD MÁS TERCA Y TENAZ LLEVADA Y ARRASTRADA POR EL VIENTO.

Aún no había terminado Jesús el Sermón de la Cena cuando desviando la conversación hacia Pedro le dijo: «Simón, Simón: he aquí que Satanás anda solícito por aventaros y zarandaros como el trigo de las eras, y conseguiríalo, sin duda, si estuviéreis abandonados a vuestra propia endeblez. Pero Yo, Pedro, he rogado al Padre por tí para que aunque tu te vacilara, al menos no desfallezca». Oyendo esto Pedro, dijo: «¿De qué defección me hablas? Yo te digo que no te abandonaré jamás aunque tenga que ir contigo a la cárcel, aunque tenga que ir contigo a la muerte». Y oye Pedro la rápida contestación: «Yo te notifico, Pedro, otra cosa: Que tú me negarás tres veces y perjurarás que no me conoces antes que el gallo cante dos».

Era de noche. Suave noche de prenilunio. Ha llegado la hora de la prueba. En el atrio del patio háse reunido un conciliábulo de fariseos, escribas y magnates. Los Once han huido como palomas empavorecidas. Solamente Pedro, vagando por las sombras de la noche, parece un espectro. En el centro del atrio brilla una fogata sucia. Un corro apenuscado de gente rodea la hoguera. Pedro, transito de miedo, se halla entre ellos, charlando con la multitud. Una sirvienta le ve sentado a la lumbre y exclama: «Ese andaba con ese hombre que han prendido». «Mujer, no le conozco», responde Pedro. Y aquella torre inexpugnable y aquel castillo de naipes caen al suelo derribados por el acento de una sirvienta.

Otro día háse reunido el conciliábulo de los magnates. Un criado de los escribas comienza a mirarlo con fijeza y le dice: «Y tú eres uno de la pandilla cuyo capitán hemos cogido». Pedro, ya medio muerto de la impresión de aquella voz, insiste: «No hombre; yo no lo soy». Mientras tanto Jesús es examinado por el conciliábulo de la turbamulta. Es fresca la noche. Pasada una hora, otro de los criados (pariente de aquél a quien habían cortado la oreja), le ve a la lumbre y le dice: «Verdad es que éste estaba también con Él en el Huerto. Que es verdad lo que digo lo delata su propia voz de galileo». Pedro, aterrorizado de miedo, jura y perjura que no le conoce ni sabe de qué huerto le hablan. Mientras tanto, en el atrio del patio, resuena el canto del gallo. Herido Pedro por aquella voz, acordose de las palabras que el Señor le había dicho: «Antes que el gallo cante dos veces tú ya me habrás negado tres». Y saliendo fuera arrojó la tierra con duelo muy amargo... Mientras tanto riela por el cielo la luna blanca...

